José Vicente Alfaro

El llanto de la Isla de Pascua

Una ambiciosa excavación arqueológica. Un crimen atroz.

El hallazgo antropológico más importante de la historia.

CAPÍTULO 1º

Primera edición: Febrero 2014

© DSt Producciones
© José Vicente Alfaro

Cubiertas y diseño de portada:
© Juan Luis Torres Pereira

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluida la reprografía y el tratamiento informático, sin la autorización previa y por escrito del autor.

Para mi madre. Siempre.

INTRODUCCIÓN

La Isla de Pascua es una formación volcánica de apenas doce kilómetros de ancho por veinticuatro de largo, poco más que una mota de polvo enclavada en mitad del océano Pacífico. Su particular situación geográfica la convierte, además, en el lugar más alejado de cualquier otro rincón poblado del planeta: al Este dista 3.600 kilómetros de las costas chilenas y al Oeste, 2.600 kilómetros de las islas Mangareva de la Polinesia Francesa. Desde la Isla de Pascua, el lugar más solitario del mundo, tan solo se alcanza a divisar un horizonte de aguas infinitas, salvo de noche, cuando la luna suspendida del firmamento constituye el único pedazo de tierra que los nativos han tenido a la vista a lo largo de toda su historia.

El poblamiento de la isla —de origen todavía incierto— se produjo hace aproximadamente unos mil seiscientos años, según estima la ciencia. Y pese a las evidentes limitaciones de espacio y a la absoluta carencia de influencias externas, desafiando todo atisbo de lógica o razón, se desarrolló una portentosa civilización capaz de esculpir, transportar y erguir cientos de colosales estatuas de piedra, así como de crear un sistema de escritura propio, único en toda Oceanía.

El primer contacto con el mundo occidental no se produjo hasta el siglo XVIII, y sus efectos fueron tan devastadores, que apenas bastaron cien años para colocar a la población indígena al borde de su extinción. Como consecuencia de ello y de otros colapsos sufridos en el pasado, la memoria del pueblo rapanui acabó perdiéndose para siempre, sin que sus supervivientes, al ser preguntados por los etnólogos y antropólogos del siglo XX, supieran ya ni cómo ni por qué sus antepasados lograron realizar semejantes prodigios.

La tradición oral rapanui se encuentra sesgada y repleta de interrogantes. El tiempo y las catástrofes sepultaron la historia de sus ancestros, la cual procuraron reconstruir sus modernos habitantes a base de mitos y leyendas. La Isla de Pascua conserva aún intacto su halo de misterio y su pasado más remoto persiste entre tinieblas, constituyendo hasta la fecha uno de los principales enigmas de la arqueología.

N
O
S
Ahu Ature Huki
Ahu Nau Nau
Maunga Terevaka
Playa de Anakena
Ahu Te Pito Kura
Ahu Tepehu
Poike
Rano Raraku
Ahu Akivi
Ahu Tahai
Museo
Ahu Tongariki
Puerto de Hanga Piko
Hanga Roa
Ahu Akahanga
Cueva de los Caníbales
Aeropuerto Mataveri
Ahu Vaihu
Rano Kau
Ahu Vinapu
Orongo
Motu Iti
Motu Nui
Isla de Pascua
MARQUESAS
TAHITÍ
TUAMOTU
MANGAREVA
ISLA DE PASCUA
PERÚ
BOLIVIA
CHILE
ARGENTINA
OCÉANO PACÍFICO

Año 1.195 a. C.

Isla de Pascua

Los primeros pobladores de Pascua arribaron a la isla tras un largo periplo de ciento diecisiete días. El suyo no era un pueblo de grandes navegantes, pero no les había quedado otra opción. Habían partido de costas peruanas en enormes balsas de troncos provistas de una vela cuadrada, una orza de deriva y una espadilla de popa. Se habían echado a la mar con la esperanza de hallar tierra en algún punto de la incierta travesía. Y cuando por fin divisaron la isla, velada por una tiniebla blancuzca y rodeada de elevados farallones, les pareció que estaban soñando o que la dureza del viaje les había conducido hacia su delirio final.

Eran apenas un centenar. Los últimos de los suyos que quedaban sobre la faz de la Tierra.

Ellos habían existido desde los albores de la humanidad, hace miles de años, repartidos por todos los rincones del planeta, desde el continente americano hasta Asia central. Sin embargo, como consecuencia de la gran inundación acaecida en la Antigüedad, sumada a la propia acción del hombre, habían acabado reducidos a un número muy escaso, obligados a huir para procurar su supervivencia.

La historia de su pueblo había sido trágica desde sus comienzos, pues los hombres habían sentido siempre un miedo irracional hacia los de su raza y los habían combatido con fiereza, ansiosos por lograr su erradicación. Era tal el pavor que sentían hacia ellos sus enemigos, que darles muerte no resultaba suficiente. Después quemaban sus cuerpos y hacían trizas sus huesos, en una suerte de conjuro para que los de su especie no volviesen a resurgir.

Pese a que ellos eran más fuertes, en las batallas siempre llevaban las de perder. Los hombres eran más numerosos, además de que luchaban movidos por un visceral odio hacia lo diferente, del que se valían para infundirse un coraje mayor. Si a las masacres derivadas de las guerras le sumabas las provocadas por las enfermedades, ante las cuales los de su raza parecían sucumbir con especial facilidad, indudablemente el destino de los suyos no podía ser otro que la extinción.

Atracaron en la bahía y descendieron de las balsas con la intención de explorar la isla. Pronto certificaron que se hallaba desierta. La isla tenía forma de triángulo y en cada uno de sus vértices se alzaba el cráter de un volcán inactivo. La fauna era prácticamente nula, pero la vegetación abundante, con grandes extensiones de

palmeras y espesuras de toromiro e hibisco. Se adaptarían a los recursos del entorno. Obtendrían los alimentos mediante la pesca y la agricultura, y verían satisfecha su sed, además de por las lluvias, gracias a los manantiales de agua subterránea que discurrían por las interioridades de la isla, plagada de cavernas que horadaban tanto la meseta como los acantilados.

El líder del clan confirmó aquel lugar apartado del mundo como el nuevo hogar de su pueblo. Sabía que los hombres, antes o después, acabarían por llegar incluso a aquella remota isla enclavada en mitad del vasto océano, pero estimó que aún transcurrirían varios siglos hasta entonces, tiempo durante el cual esperaba que los últimos de los suyos pudiesen vivir en paz.

Su pueblo gozaba de una larga tradición en arquitectura monumental, a la que aplicaban las más sofisticadas técnicas, habiendo llegado a edificar en tierra continental inconmensurables fortalezas de las que protegerse del invasor. Enseguida los ingenieros y escultores localizaron una cantera de piedra en la falda de un volcán, cuya materia prima podía resultar idónea para sus construcciones. En la isla no tenía sentido alguno levantar una fortificación defensiva, pero de un modo u otro, el laborioso pueblo deseaba dar rienda suelta a su creatividad y continuar la tradición de sus ancestros, por lo que todos aguardaron ansiosos la decisión de su dirigente.

El líder alzó su poderosa voz para hacerse oír por encima del impetuoso clamor de las olas contra los arrecifes.

—Construiremos colosales esculturas que reproduzcan con fidelidad los rasgos de nuestros rostros, tan denostados por los hombres. Y llenaremos la isla de estatuas erguidas en nuestro honor —sentenció.

Los últimos de los suyos sabían que habían recalado en la isla para morir, aunque fuese dentro de mucho tiempo. En todo caso, y hasta que llegase aquel momento, nadie les impediría cimentar un legado que dejar para la posteridad.

CAPÍTULO PRIMERO

VIERNES

Moai: estatua de piedra monolítica de enormes dimensiones y con forma de busto humano, característica de la cultura rapanui. El término «rapanui» designa indistintamente al pueblo aborigen, a la etnia de sus habitantes y al idioma. Los *moai* no se encuentran en ningún otro lugar del mundo, salvo en la Isla de Pascua.

La última claridad del día se extendió por la meseta, la roca basáltica del litoral y la inmensidad del océano Pacífico. Aquel delgado manto de acuarela revistió la hierba de un tono dorado y las sosegadas aguas, de un refulgente color azul turquesa. El sol se replegó tras la ladera del volcán Rano Kau, cuya silueta se recortaba pulcramente en el horizonte, dispuesto a dejar una vez más que la noche engullese a la minúscula, a la par que sublime y misteriosa, Isla de Pascua.

Era viernes tarde y ya no quedaba ni un alma en la excavación. Tras una semana de extenuante trabajo bajo un sol de justicia, los operarios se habían ganado su nada desdeñoso sueldo y un merecido descanso que se prolongaría durante todo el fin de semana. Yo, en cambio, aún me distraía catalogando algunas piezas, dichoso de hallarme en aquella isla, aunque algo inquieto también a causa de una noticia que había recibido aquella misma mañana de labios de una persona en la que no había pensado en muchísimo tiempo y a la que no esperaba volver a ver.

Traté de apartar los pensamientos que me rondaban la cabeza y me centré en la tarea que estaba llevando a cabo, clasificando los vestigios que le habíamos arrancado a las entrañas de la tierra esa jornada. Esbocé una sonrisa y recordé mi primera vez en la isla, once años atrás. Por aquel entonces no era más que un arqueólogo novato que trataba de suplir su falta de experiencia a base de trabajo, voluntad y toneladas de esfuerzo. Ahora, a mis cuarenta y un años, regresaba formando parte del equipo directivo de una ambiciosa expedición tras ser nombrado recientemente subdirector del Centro de Estudios Rapa Nui. Era el primer español que lo conseguía, y todavía me sonaba extraño que mis colegas chilenos de la Universidad de Valparaíso antepusieran a mi nombre, Germán Luzón de Estrada, el ilustre tratamiento de «don».

Decidí que ya no podía demorar por más tiempo el encuentro que me aguardaba en el pueblo y salí de la caseta prefabricada que hacía las veces de cuartel general. Una suave brisa me rozó la cara y el olor a hierba recalentada asaltó mi fino olfato. Los aledaños al *ahu* Vinapú constituían el lugar elegido para efectuar la primera tanda de oportunas prospecciones. Los *ahus* eran las plataformas ceremoniales fabricadas en piedra sobre las cuales los antiguos habitantes de la isla solían erigir a los *moai*. El equipo había resuelto cavar cuatro zanjas perfectas en torno al *ahu* Vinapú —cargado de

especial significación—, cuya exploración podría reportarnos indicios acerca de los primeros asentamientos humanos de la isla.

Di unos cuantos pasos y, antes de abandonar el recinto arqueológico, admiré una vez más una de aquellas gigantescas estatuas de piedra convertidas ya en icono universal de la Isla de Pascua. La megalítica escultura ignoró mi presencia, al tiempo que provocaba en mí una sensación de profunda pequeñez. Los *moai* poseían cabezas rectangulares, narices largas y rectas, labios finos, mandíbulas poderosas y unas amplias orejas que llegaban hasta el cuello. Desde el primer día que los contemplé brotó en mí una pregunta que me había perseguido de manera obsesiva y para la que aún se carecía de una respuesta cierta: ¿quiénes fueron en realidad los modelos que sirvieron de inspiración a los primitivos autores de las figuras, cuyos rasgos y facciones no se encuentran entre los miembros de ninguna tribu polinesia?

A decir verdad, la historia de la Isla de Pascua continuaba siendo todo un enigma repleto de episodios extraordinarios, y había despertado desde siempre la fascinación de los expertos que se habían asomado al abismo de su pasado: el incierto origen de sus primeros pobladores, la leyenda de Hotu Matua —el primer *ariki* de la isla—, la fabricación y el traslado de los descomunales *moai*, la fratricida guerra entre los «orejas largas» y los «orejas cortas», el culto al hombre pájaro, su aún no descifrada escritura jeroglífica, el contacto con los primeros exploradores europeos, y la evangelización llevada a cabo por los misioneros católicos, poco antes de su definitiva anexión a Chile, tras la cesión de su soberanía a finales del siglo XIX.

Todos los misterios, en realidad, podían resumirse en uno solo: ¿cómo había sido posible que en una isla tan pequeña y aislada por completo del mundo exterior, se hubiese podido desarrollar una civilización tan prodigiosa, capaz de concebir expresiones monumentales similares a las creadas por las sociedades de la América precolombina?

Pese a mis reticencias, me puse por fin en marcha antes de que el ocaso me cogiese desprevenido y el aliento de la noche me cubriese de repente. Opté por regresar dando un largo paseo, pues apenas me separaba kilómetro y medio de Hanga Roa, capital y único núcleo urbano de la isla. En mi fuero interno aún me resistía al encuentro con aquella persona salida de mi pasado. No obstante, ya me había comprometido, y de ninguna manera daría marcha atrás. Me preciaba de ser un hombre de palabra.

Avancé siguiendo el litoral. El camino era árido y pedregoso, desprovisto de vegetación hasta donde alcanza la vista, salvo por algunos campos de cultivo que se extendían en torno a un puñado de viviendas unifamiliares de reciente construcción.

Resoplé profundamente varias veces seguidas y me preparé para lo que estaba por venir.

La excavación arqueológica se había iniciado quince días atrás, y aunque todavía no habíamos realizado ningún hallazgo de genuino interés, no estábamos preocupados porque apenas habíamos comenzado a rasgar la tierra, y sabíamos que los verdaderos descubrimientos no los haríamos hasta haber alcanzado mayores cotas de profundidad. Los plazos tampoco representaban un problema. Nos ceñíamos a la planificación inicial y al parsimonioso ritmo de la propia isla, y todavía nos aguardaban por delante varios meses de arduo trabajo, tras los cuales esperábamos cumplir con los objetivos que nos habíamos marcado.

La excavación estaba financiada con fondos europeos, la mayoría de ellos procedentes del museo Kon-Tiki —situado en Oslo— que se había erigido en el principal valedor de la empresa. Al frente del equipo internacional se encontraba Erick Solsvik, director de dicho museo, antropólogo y un reconocido experto a nivel mundial de la cultura pascuense. Erick respondía al típico patrón noruego: alto y fornido como un vikingo en lo físico, pero poseedor de un elevado nivel intelectual y extremadamente refinado en sus maneras. Aquella suponía su tercera visita a la isla, motivada por asuntos de naturaleza exclusivamente profesional.

Yo era el segundo de a bordo y participaba en calidad de jefe del equipo de investigaciones arqueológicas. Erick había contado conmigo para su proyecto debido a la amistad que nos unía, surgida tras múltiples encuentros por medio mundo en el seno de foros y congresos organizados en torno a la cultura rapanui.

Hans Ottomeyer, geólogo y vulcanólogo alemán, ejercía la función de responsable científico de la expedición, y encarnaba la tercera pata que sustentaba el proyecto. De condición afable, aunque de trato tímido y apocado, su meticuloso trabajo y su excelente preparación habían bastado para que Erick le seleccionase a él antes que a otros candidatos con mayor experiencia.

También contábamos con la debutante Sonia Rapu, una joven arqueóloga rapanui que nos superaba a todos en entusiasmo y ganas de trabajar, y cuya condición

de local favorecía las relaciones con la cuadrilla de operarios, todos ellos naturales de la isla.

El equipo lo cerraba el viejo Reinaldo Tepano, un rapanui que ejercía como capataz de los obreros, y que pese a carecer de estudios de cualquier clase ya había participado en más excavaciones de las que podía recordar, habiendo dado siempre muestras de una profesionalidad incuestionable.

A pesar de la marcada heterogeneidad del grupo y la escasa experiencia de algunos de sus miembros, la integración era absoluta y el clima de trabajo excepcional, todo ello debido a la sobresaliente capacidad de liderazgo de Erick.

El trayecto se me hizo más corto de lo esperado y enseguida me vi deambulando entre la maraña de calles del distrito donde radicaba la casa hacia la que me dirigía, con pasos cada vez más inseguros. Aquella misma mañana había recibido la inesperada visita de una mujer rapanui llamada Hanarahi, con la que había mantenido un fugaz romance la primera vez que estuve en la isla.

Había transcurrido tanto tiempo desde entonces, que hoy en día me parecía que aquella historia hubiese tenido lugar en otra vida, que ya ni siquiera reconocía como propia. Y en cierto modo así era, pues en aquella época yo era todavía un soltero empedernido, independiente hasta la médula, sin la menor intención de formar una familia y asumir las cargas que implicaba semejante compromiso. Ahora, sin embargo, mi realidad era bien distinta: contaba con esposa y dos niños a quienes echaba terriblemente de menos. Los derroteros de mi carrera profesional me habían conducido hasta Chile, en una oportunidad sin igual, lugar donde habría de permanecer durante algún tiempo mientras mi familia aguardaba estoicamente en España a que se produjera mi regreso.

A primera hora de la mañana Hanarahi se había plantado ante la puerta del residencial donde me hospedaba. La reconocí de inmediato. No había cambiado un ápice desde que la conocí, hacía ya más de una década, y aún conservaba el exótico atractivo que la hacía acreedora del título oficioso de prototípica belleza de los mares del Sur.

En aquel entonces, Hanarahi era una joven muchacha que formaba parte de un grupo folclórico rapanui que actuaba en hoteles, restaurantes y otros locales de ocio. Fue durante uno de aquellos espectáculos, al que habíamos acudido todos los integrantes de la expedición a modo de despedida —restaba menos de una semana para la finalización de los trabajos—, donde se entrecruzaron nuestros caminos. Hanarahi

movía caderas y brazos al son de los ritmos tahitianos y la música de percusión, haciendo gala de una sensualidad innata mucho más acentuada que la del resto de sus compañeras. Enseguida no tuve ojos más que para ella, al igual que les ocurrió a mis colegas de expedición y a los demás hombres que abarrotaban el local. La suerte, no obstante, se alió de mi lado poco antes de que terminase la velada, pues las bailarinas tenían por costumbre sacar a la pista a unos cuantos espectadores para hacerles partícipes de la función.

Por el motivo que fuese, Hanarahi me eligió a mí, momento a partir del cual no dejé escapar la ocasión y puse en marcha todas mis dotes de seducción, que por aquel entonces no eran pocas ni nada desdeñables. Las posteriores copas con que nos obsequiamos y el propio embrujo de la noche se ocuparon del resto. Todo lo que recuerdo fue que a la mañana siguiente amanecimos en la popularmente conocida como «Cueva de los Enamorados», situada en la playa de Anakena, donde a la entrada las parejas suelen colgar una prenda íntima de un palo, como señal de advertencia ante la llegada de visitantes inoportunos.

Mantuvimos otros dos apasionados encuentros hasta que, cuatro días después, abandoné la isla y nunca más volví a saber de ella.

El insospechado reencuentro con Hanarahi no me disgustó; si acaso me provocó cierto sonrojo tan pronto desfilaron por mi mente una cascada de tórridos recuerdos que mi memoria solía evocar muy de cuando en cuando. El contenido de la información que había venido a revelarme, sin embargo, me sacudió con la intensidad de un puñetazo, y bastó para poner en un instante mi mundo del revés. Sin más preámbulo que un protocolario saludo, Hanarahi me hizo, con voz serena y mirada brillante, una dramática confesión. De nuestra breve relación se había derivado una importante consecuencia. Yo era, ni más ni menos, que el padre de una niña que por aquel entonces contaba con diez años de edad.

—Se llama Maeva —anunció, sin percatarse aún de que el impacto de la noticia me había dejado momentáneamente sordo y después mudo de solemnidad.

Mi rostro debió de reflejar tal grado de turbación, subrayado por mi desconcertante silencio, que Hanarahi se apresuró a calmarme antes de que hubiese tenido tiempo de ponerme a la defensiva o exteriorizar cualquier tipo de insólita reacción. Por una parte, insistió en que no me hacía el menor reproche: resultaba obvio que yo no había tenido conocimiento de lo ocurrido, precisamente porque ella lo había querido así. Y por otra, me aseguró que si hasta ahora nunca me había reclamado nada,

no estaba en su pensamiento pretender hacerlo ahora. El único motivo que la había llevado a revelarme su secreto era el derecho que amparaba a todo hijo de conocer a su padre. Y dado que yo me encontraba en la isla, me pedía que compartiese parte de mi tiempo con Maeva, para hacer realidad el sueño de una niña que había crecido añorando el afecto de un padre ausente.

Por supuesto, acabé accediendo a su ruego, tan razonable como legítimo, aunque me entrasen ciertas dudas en aquellos momentos en que me disponía a cumplir mi promesa, pues no se me escapaba que desde el instante en que conociese a Maeva, el compromiso que adquiriría con ella no se limitaría a mi estancia en la isla, sino que seguramente se prolongaría durante el resto de mi vida.

Por fin me detuve frente al domicilio donde, según sus propias indicaciones, Hanarahi debía residir. Era una casa de madera de una sola planta, delimitada por una verja de entrada que comunicaba con un frondoso jardín acicalado por un batallón de flores exóticas. Allí plantado, temeroso de dar un solo paso, comencé a mirar hacia todos lados, tenso como un alambre, en busca de un timbre o cualquier otra cosa que hiciese las veces de llamador. Como no había ninguno, me decidí a descorrer el cerrojo de la verja, dispuesto a cruzar el jardín y alcanzar la puerta situada bajo el porche de la entrada. No avancé ni medio metro cuando una esbelta figura apareció en el zaguán, atrapada en un tejido de sombras que ocultaban su semblante. Hanarahi prendió una luz, bajo cuyos primeros parpadeos creí entrever una mirada severa, que enseguida se desvaneció para dar paso a su habitual expresión risueña y cargada de simpatía.

—Gracias por venir, Germán —dijo—. Llegué a pensar que no lo harías.

Del sol ya no quedaba ni rastro, y las primeras estrellas ya habían comenzado a poblar el firmamento. Ciertamente, me había retrasado bastante más de lo previsto.

—Lo siento —murmuré—. Pero aquí me tienes. Más vale tarde que nunca. Comprende que esto no resulta nada fácil para mí.

Hanarahi no me lo tuvo en cuenta, especialmente tras notar lo tenso que me sentía.

—Déjate llevar, Germán. Y en lugar de angustiarte, intenta si puedes disfrutar del momento.

Agradecí sus tranquilizadoras palabras, pese a que desgraciadamente no contribuyeron a relajarme.

Hanarahi me hizo una señal para que aguardase y desapareció en el interior de la vivienda. Yo permanecí clavado en mitad del jardín, casi sin diferenciarme de las plantas que crecían a mi alrededor, y a medio camino de la verja que acababa de cruzar.

Segundos después Hanarahi reapareció en la puerta de entrada precedida de una niña a la que impulsaba comedidamente para que se acercase hacia mí. En cuanto me di cuenta de que Maeva se sentía tan nerviosa como yo, me apresuré a ofrecerle mi mejor sonrisa.

Maeva avanzó un par de pasos, mientras me escrutaba de arriba abajo con el corazón acelerado y la mirada encendida de ilusión. Su corta melena, tan negra como sus ojos, y su nariz ligeramente achatada, daban forma a un rostro ovalado en el que se concentraban los principales rasgos de la etnia rapanui. No obstante, resultaba evidente que mis genes también habían dejado su huella, pues la piel de la pequeña era un poco más clara que la media, y la curva de su boca guardaba una indudable semejanza con la de un servidor.

Si hubiera tenido que explicarlo no habría encontrado las palabras, pero lo cierto fue que con solo mirarla, sentí que un fuerte vínculo me unía con aquella niña cuya existencia había desconocido hasta aquella misma mañana. No me hicieron falta pruebas ni documentos: Maeva era mi hija y nada podía compararse con aquel poderoso sentimiento que nacía de lo más profundo de mi ser.

—*Ko koa riva riva a au o tu uai i nei. Iorana a Rapa Nui* —dijo.

Maeva me desarmó en un instante. Mis conocimientos del idioma pascuense no pasaban del «hola» y «adiós» o el «por favor» y «gracias». Probablemente, mi evidente expresión de pánico debió de provocar que se compadeciese de mí.

—Bienvenido a la Isla de Pascua. Me siento muy feliz de que estés aquí —repuso a continuación en perfecto castellano, lo cual no resultaba nada extraordinario, puesto que las nuevas generaciones de pascuenses hablaban español como una segunda lengua materna.

Sus palabras, sin embargo, no sonaron naturales, como si hubiese dedicado mucho tiempo a ensayar aquella entradilla.

—Tú debes de ser Maeva, ¿verdad? —constaté, sintiéndome de pronto como un idiota por la obviedad de mi observación.

Maeva asintió.

—Y tú, mi papá…

Sonaba raro, pero así era. Y pese al vínculo que ya me unía con aquella niña, todavía no podía evitar sentirme algo incómodo ante la situación. Noté que a Maeva le ocurría algo parecido. Probablemente habría soñado con aquel momento en infinidad de ocasiones, pero aunque yo fuese su padre, de momento no era más que un extraño al que acababa de conocer.

Finalmente me acerqué hasta ella para sellar nuestro encuentro, circunstancia que Maeva aprovechó para abalanzarse sobre mí y aprisionar su mejilla contra mi estómago. Sentí que me abrazaba con todas sus fuerzas. Después retrocedió un paso y alzó la cabeza para mirarme. Parecía radiante de felicidad. No supe qué decir. Un caudal de intensas emociones me había privado de la capacidad de raciocinio.

Tras aquella impulsiva muestra de efusividad, Maeva volvió a sentirse nuevamente cohibida y retrocedió hacia donde se encontraba su madre.

Hanarahi tomó de inmediato las riendas de la situación y me invitó a sentarme en torno a la mesa situada en el porche, acompañado por ellas. Para romper el hielo y servir de hilo conductor, Hanarahi adoptó el papel de moderadora y comenzó a realizarme una pregunta tras otra. Su objetivo no era otro que Maeva conociese cosas de mí y se familiarizase con mi presencia. Yo respondía complacido y poco a poco mi hija averiguó de mis propios labios de dónde era, a qué me dedicaba y qué estaba haciendo allí. También tuve ocasión de referirme a mi familia de España, sin necesidad de entrar demasiado en detalle.

Más tarde asumí el rol que por lógica me correspondía, y me dirigí a Maeva para interesarme por ella y preguntarle acerca de sus intereses y aficiones. Maeva se fue relajando y comportándose con más naturalidad cada vez. La estrategia de Hanarahi y el modo en que había enfocado el encuentro estaba dando sus frutos.

En cierto momento sentí vibrar el teléfono móvil en el bolsillo de mi pantalón, pero dadas las circunstancias, decidí hacer caso omiso de la llamada.

Poco después, Hanarahi aprovechó que Maeva y yo nos hallábamos inmersos en mitad de una conversación para entrar en la casa. Tras haber supervisado el inicio de nuestro encuentro, decidió dejarnos a solas, ignorando mi clamoroso gesto de súplica para que no se moviera de allí. De cualquier manera, mi mayor miedo, el haber podido ser objeto de reproche por parte de Maeva a causa de mi ausencia durante toda su vida, ya se había disipado por completo. Hanarahi me había eximido de toda culpa, y así se lo había debido de transmitir.

Cuando nos vimos solos, al principio los dos nos sentimos algo incómodos. Fue Maeva la primera en romper el silencio.

—De mayor quiero ser arqueóloga como tú —terció, dejando a la vista una flamante hilera de dientes blancos.

No supe interpretar si lo decía por halagarme o si lo pensaba de verdad.

—No pretendo ser un aguafiestas —repuse—, pero me temo que esta profesión es bastante más aburrida de lo que crees. ¿A qué imaginas que nos dedicamos?

Maeva alzó las cejas y contestó con absoluta convicción.

—A rescatar tesoros que han permanecido enterrados durante miles de años.

No era una mala respuesta.

—En parte tienes razón —concedí—, pero además de la labor de campo, nuestra actividad se alterna también con largos periodos de estudio y análisis de las piezas recuperadas. Realmente, los arqueólogos somos como detectives de la Antigüedad. Investigamos el pasado de las civilizaciones perdidas para tratar de reconstruir su historia y su cultura antes de que se disipen para siempre entre las brumas del tiempo. Y la Isla de Pascua en particular se halla aún hoy repleta de enigmas que continúan atrayendo tanto a las viejas como a las nuevas generaciones de especialistas.

La fascinación que nos embargaba a los científicos no era para menos. Ni su apartada situación geográfica ni su extrema orografía lograron impedir que, en un pasado remoto, un pueblo de navegantes se instalara en aquella roca volcánica y desarrollase una impresionante cultura megalítica única en toda Oceanía.

Maeva frunció el ceño, como si no acabase de entender por qué los arqueólogos perdíamos la cabeza con su isla, ni cuáles podían ser aquellos enigmas que tanto confundían a los expertos. ¿Cómo reprochárselo? Habiendo nacido allí y convivido a diario con las proezas concebidas por sus antepasados, para ella lo extraordinario no era más que pura rutina. Para ayudarla a comprender, esbocé a grandes rasgos los principales problemas a los que aún se enfrentaba la arqueología:

—La primera incógnita se refiere al origen de los primeros pobladores. Los expertos aún discuten si provinieron del Este o del Oeste, es decir, de tierras americanas o de las islas polinesias.

»Luego está el misterioso secreto que rodea a los *moai.* Se han formulado múltiples teorías para explicar la fabricación y traslado de las colosales esculturas, realizadas sin utilizar medios mecánicos ni herramientas de metal, por un pueblo

anclado en la Edad de Piedra, sin que hasta el momento ninguna de ellas haya resultado plenamente satisfactoria.

»Y por último, nos encontramos con el enigma de las tablillas *kohau rongo-rongo* halladas en la isla. Un sistema de escritura jeroglífica único en los archipiélagos polinesios, que todavía hoy los científicos no han conseguido descifrar.

Los perspicaces ojos de Maeva no se separaban de los míos. Parecía que, lejos de aburrirla, había logrado despertar su interés.

—¿Acaso no te parecen suficientes acertijos como para seducir hasta al más apático de los arqueólogos?

Maeva asintió, y el brillo de su mirada delató que su visión de la isla había cambiado por completo.

—Sin embargo —concluí—, lo más probable sea que todas estas incógnitas queden para siempre sin respuesta pues, para reconstruir la historia de esta isla, los expertos tan solo podemos aferrarnos a la tradición oral —tremendamente empobrecida—, a las leyendas, y a la interpretación de los hallazgos efectuados hasta la fecha.

En aquel punto de la conversación, Hanarahi apareció en el umbral de la puerta. Su amplia sonrisa denotaba una enorme satisfacción.

—Germán, ya es la hora de la cena. ¿Te gustaría quedarte a cenar con nosotras?

Por la reacción de Maeva, deduje que ella no estaba al tanto de los planes de su madre, que cada vez se parecían más a una encerrona. Impulsivamente negué con la cabeza. No deseaba importunar y de entrada decliné la invitación.

En aquel instante mi móvil cobró vida de nuevo, vibrando con insistencia. Era un viernes por la noche y no tenía ni idea de quién me podría llamar. Solo utilizábamos el teléfono entre los miembros del equipo, básicamente por motivos de trabajo. Saqué el aparato y lo sostuve en mi mano derecha. La pantalla iluminada mostraba el nombre de Erick Solsvik, el director de la excavación. Debía atender la llamada. Me excusé y dirigí mis pasos hacia el jardín, para poder hablar con un poco de privacidad.

—¿Erick?

—¡Germán, qué alivio! Por fin te localizo. —Su voz sonaba agitada y cargada de excitación, lo cual contrastaba abiertamente con el habitual carácter flemático y sereno del antropólogo noruego—. ¿Me oyes bien? ¿Tienes buena recepción?

—Sí, sí, perfectamente. Disculpa que antes no te contestase, pero me pillaste en un mal momento.

—No importa, Germán. Ahora escúchame con atención. Sé que te va a sonar raro pero tienes que creerme. Acabo de realizar el descubrimiento antropológico más importante de los últimos cien años. Un hallazgo que contribuirá a resolver no solo los enigmas de la Isla de Pascua, sino también los de otras antiguas civilizaciones de la humanidad.

No pronuncié palabra, sin dejar de percibir al otro lado de la línea la palpitante respiración de Erick. Naturalmente, lo que decía carecía de toda lógica, o era una monumental exageración. Ya era de noche y yo había sido el último en abandonar la excavación, que debía de llevar horas desierta. Tenía que tratarse de una broma, no había otra explicación. Lo único que me chocaba era que esa conducta no encajaba en absoluto con el carácter del noruego.

—¿Germán? ¿Sigues ahí?

—Sí, Erick. Estaba tratando de digerir tus palabras.

—Tienes que venir de inmediato para que puedas comprobarlo con tus propios ojos.

Aquello olía cada vez más a un ardid del que esperaban que yo fuese la presa.

—Espera un minuto. ¿Lo sabe alguien más? ¿Has llamado a los otros miembros del equipo?

—Sí, de hecho ahora mismo me encuentro junto a…

La llamada se cortó de repente. La línea me devolvió un pitido intermitente y, para colmo, cuando traté de llamarle yo, su teléfono ya no dio señales de vida. O lo había apagado o se había quedado sin batería.

Desde el porche, Hanarahi y Maeva me observaban expectantes, envueltas en la burbuja de luz que proyectaba la única lámpara que colgaba de la techumbre. Al final opté por la cautela. Acepté la invitación de Hanarahi y aguardé una nueva llamada de Erick que me confirmase que aquella puesta en escena no se trataba de una broma pesada.

El resto de la noche lo dediqué a disfrutar de la improvisada velada junto a Maeva. Hanarahi asumió las riendas del convite y no me permitió moverme de la mesa para ayudarla en lo más mínimo. Para comer, sirvió un exquisito plato de pescado a la parrilla, que desprendía un delicioso aroma y poseía un mejor sabor. Y mientras daba cuenta del manjar, me empapé de la presencia de Maeva con intención de conocerla hasta en los detalles más pequeños.

Deseaba recuperar el tiempo perdido y devolverle en un solo día todo aquello que no le había podido dar durante todos los años en que no había sabido de su existencia. Advertí con sorpresa que algunos de sus gestos eran iguales a los míos. En particular, Maeva tenía por costumbre pestañear algunas veces con mucha fuerza y abrir los ojos a continuación con excesiva amplitud. Yo llevaba haciéndolo durante toda la vida.

La personalidad de Maeva reunía los atributos más característicos de la etnia rapanui, presentes también en Hanarahi. Los pascuenses, en general, eran sencillos, cordiales y muy comunicativos. Poseían fuertes convicciones y se sentían tremendamente orgullosos de las tradiciones de su pueblo. La Isla de Pascua —perteneciente a Chile y denominada Rapa Nui por los nativos— contaba con una población que ya superaba los cinco mil habitantes. Dos terceras partes eran de origen indígena, mientras que el resto se correspondía fundamentalmente con chilenos del continente. El principal motor económico de la isla, obviamente, era el turismo, y en menor medida, la pesca.

Conforme avanzaba la noche, más cómodo me fui sintiendo en mi accidental papel de padre «primerizo». A Maeva le centelleaban los ojos cada vez que le destinaba una caricia o unas palabras de afecto. Entonces perfilaba una enorme sonrisa que le ascendía por las mejillas y apuntaba directamente a mi corazón.

Con todo, la asombrosa afirmación de Erick —de quien no volví a tener noticias en toda la noche— no dejó de rondarme la cabeza como una abeja que revolotease en torno a un panal de miel.

«… *El descubrimiento antropológico más importante de los últimos cien años*».